

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 423.

Alicante 11 de Enero de 1879.

Año X.

UN NUEVO AÑO.

Al entrar nuestra Revista en el décimo año de su vida, se nos presenta á nuestra consideracion el pensar lo que será el tiempo venidero y lo que ha sido el tiempo pasado. Más aún, nos ocurre calcular lo que será el tiempo futuro por lo que ha sido el pasado, y apreciar la influencia del tiempo en los diferentes actos de la vida humana y la importancia de esta influencia, digna de especial estudio y meditacion por parte del hombre pensador, que quiere penetrar en el fondo de las cosas y no quedarse en la superficie de ellas.

Todo en la naturaleza marca la accion del tiempo, y muchas cosas, sensibles á la influencia de las estaciones, señalan aún el paso de los años, dejando huellas de cada uno de los trascurridos; pero solo el hombre los cuenta, solo el hombre aprecia el tiempo.

Es que siendo el tiempo la sucesion de los instantes, para apreciar los que han sido y los que han de ser, se necesita de un alma adornada de facultades especiales para abarcarlo todo.

La materia solo tiene lo actual; el hombre dispone de todo; sin lo cual no seria el rey de la creacion ni superior á ella.

Quitadle al hombre le memoria de lo pasado, y vereis el idiota, esto es, el sér más repugnante; quitadle toda esperanza en lo futuro, y tendreis al desgraciado que intenta suprimirse la existencia. Dejadle solo el presente, y le vereis poco diferente de la materia.

La comprobacion de esta verdad se tendria, si pudiese por un momento pararse la marcha del tiempo, y todos los hombres, perdiendo la memoria de lo pasado, supiesen que han de ser siempre lo que son hoy. ¿Qué sucederia entonces, sin temor á castigo ni esperanza en premio eterno? Que se embrutecerian por completo, y que el mundo seria un lugar de tormento, tanto más horrible, cuanto que la muerte no pondria fin á la lucha desencadenada de las malas pasiones humanas.

Pero Dios, que quiso ennoblecer al hombre, le dió como una de las prerogativas principales la de contar y apreciar el tiempo; prerogativa con la cual es dueño de todo, absolutamente de todo; de lo creado y

de lo increado, de lo finito y de lo infinito, de cuanto ha sido, es y será.

Por la memoria individual y por la memoria social, esto es, por la historia y por la tradicion, es dueño de todo lo pasado, todo lo puede traer á su vista en los límites que Dios le ha puesto. Por el entendimiento es dueño de lo presente, de lo que concibe; y por la voluntad puede llegar á la realizacion de un futuro sin límites, á la posesion de lo infinito, de lo increado, de la dicha inmortal.

Dios no ha permitido á la materia dominio alguno sobre el tiempo; por esto todo se vé arrostrado por la accion de esta fuerza inmensa que, produciendo una accion continua sobre todo lo material, lo empuja sin cesar hácia un fin en el cual encuentra la destruccion: el cuerpo humano mismo no se libra de esta ley, que nos hace testigos de los huecos que cada año va dejando en el seno de la sociedad, hasta que nosotros mismos le paguemos el tributo.

Pero en cambio Dios ha hecho al alma dueña absoluta de este tiempo en que se mueve mientras está en el mundo; puede por lo tanto aprovecharlo, puede emplearlo como quiera, y puede disponerlo de modo que este tiempo, cuando termine para ella, se continúe en la eternidad tal como ántes quiso que fuera; porque de la misma suerte que al movimiento sigue el reposo, y al ruido el silencio, al tiempo sigue la eternidad.

Si la materia sigue trasformándose

se incesantemente hasta que llegue la consumacion de los siglos, en que Dios modificará las leyes á que hoy obedece; el alma humana al dejar el tiempo, es decir, al abandonar el cuerpo cuando cesa para ella la sucesion de los instantes, ha de caer forzosamente en la eternidad, esto es, en un estado del que no puede variar, porque parándose para ella el movimiento de lo humano, no hay fuerza que la saque de la primera situacion en que entra en la eternidad. Aquel instante no puede tener fin, porque es un instante que no va seguido de otros en que pueda modificarse; en una palabra, porque no hay sucesion de tiempos fuera de este mundo.

Por esta razon decimos que el hombre es el dueño del tiempo, tan en absoluto y tan por encima de todas las demás criaturas, que no solo es dueño de este tiempo mientras para él existe, sino de la eternidad, es decir, de aquel instante eterno que sigue á la terminacion de la vida, empleando este tiempo de manera que aquella eternidad sea la que él se haya procurado.

Y por via de digresion debemos advertir aquí, que no se ha de sacar de lo expuesto un argumento contra la existencia del purgatorio, ya que este es temporal; porque puesto que no es eterno, claro es que el instante en que la eternidad empieza es el instante en que se sale de él; siendo una especie de continuacion del tiempo la purificacion que en él concede Dios á los que, teniendo méri-

tos suficientes para la gloria, tienen aún algo que expiar para quedar completamente purificados y en aptitud de gozar de la presencia de Dios.

Llámase, pues, eterno el instante que sigue á la terminacion de la vida en el sentido de que, una vez concluido el tiempo para cada individuo, el alma ya no es capaz por sí sola, separada del cuerpo, de hacer acto alguno que modifique la eternidad á que se ha hecho acreedora.

Ahora observamos que la pluma nos ha llevado á consideraciones que acaso no se esperaban en este artículo, pero que sin embargo, no creemos inoportunas, y mucho menos que no se pueda sacar algun provecho de ellas en los desgraciados tiempos que alcanzamos. Podíamos habernos ocupado de otras materias y haber hecho otro uso del tiempo que en este trabajo hemos empleado. Pero ¿será tan malo, que tengamos que arrepentirnos de él? Ya que tan grande es la ignorancia religiosa que hoy existe, ¿no podemos haber dicho algo que sea de útil enseñanza?

Quizá nuestros lectores, ó algunos de ellos al ménos, esperasen en esta ocasion ver el juicio del año último; pero vana esperanza, como vano ha sido tambien nuestro deseo de presentar este juicio, porque buscádoselo al año 1878, no se lo hemos encontrado. No ha hecho más que prepararse dias muy amargos, ó mejor dicho, preparárselos á sus herederos. En nuestra opinion este será uno de los años que ménos

citará la posteridad, porque no ha tenido accion alguna que cuente la historia como gloriosa ó fecunda, ni en el terreno moral, ni en el material.

Solo en el órden religioso ha hecho algo bueno: ha enviado al cielo un Papa santo, y ha dado á la tierra otro Papa digno sucesor del pasado. Ha hecho algunas peregrinaciones á Roma, y dado á conocer al mundo sensato, que el mal camino emprendido solo puede desandarse conducidos por el Pontificado hácia el renacimiento católico.

En cuanto á nosotros, por lo que se refiere á nuestra publicacion religiosa, hemos procurado seguir el camino que desde un principio tenemos trazado en conformidad á su especial índole: hemos procurado defender por todos los medios posibles la ortodoxia de la doctrina religiosa, ya, en primer término, dando á conocer la palabra del Vicario de Jesucristo cuantas veces ha salido de sus augustos labios para enseñanza del mundo, ya examinando y dilucidando las cuestiones religiosas y sociales en el sentido de los verdaderos y puros principios católicos, ya narrando y consignando los hechos que por todas partes nacen de la inagotable fecundidad de estos principios.

Esta misma marcha nos proponemos seguir en el año que comenzamos, contando, en primer lugar, con la ayuda y proteccion del cielo, que

esperamos no nos faltará, puesto que consagramos nuestros esfuerzos á la más santa de las causas, la causa de Dios y de la Iglesia, única áncora de salvacion para la descarriada y vacilante humanidad; y, en segundo lugar, con el apoyo de los verdaderos católicos que, conocedores de sus más altos intereses y más sagrados deberes, no pueden nunca, no deben negar este apoyo, en el cual va librada la suerte de esos mismos intereses tan cáros y de sus creencias religiosas. Al mal que inunda la sociedad presente opongamos el fuerte valladar de la buena doctrina: ahogemos el mal con la abundancia del bien.

LA CUESTION SOCIAL.

Ahora mas que nunca interesa á los católicos conocer el estado de las ideas y de las cosas en Europa, porque los tiempos son críticos, los males que padece la sociedad graves, la comunicacion entre los pueblos continua y uno mismo el peligro que á todas las naciones amenaza.

Los ferro-carriles, los telégrafos, la prensa periódica, la facilidad de los viajes que, empleados en propagar la verdad y en difundir las buenas obras, hubiese repartido tantos beneficios á la sociedad cristiana y á la civilizacion universal, puestos al servicio de la revolucion han dado tales frutos, «que presto daremos en la region del fuego,» si la miseri-

cordia de Dios no nos salva por milagro.

Si á esta circunstancia se añade la facilidad que tiene siempre el mal para ganarse partidarios, las ventajas que lleva el que destruye sobre el que edifica, la propension constante y eficaz de la naturaleza humana hácia lo vicioso y corrompido, se comprenderá muy bien que en pocos años haya podido la revolucion trasformar la sociedad europea y traerla al estado presente de inquietud y de agonía.

Ya no se trata de los males de esta nacion ó de la otra, de las guerras de Francia ó de Alemania, de la peste que aflige á Inglaterra ó á Italia, de los piratas que infestan el Mediterráneo ó el Atlántico, de las insurrecciones de la India ó del Perú; el mal es de otro género, no está localizado en este ó en aquel miembro; no cae bajo las prescripciones de un diagnóstico fijo y determinado: ha invadido todo el organismo, ha envenenado toda la sangre y herido todos los miembros; el mal lo abraza todo, es guerra en unas partes, peste en otras, insurrecciones aquí, piratas allá, corrupcion y descomposicion en todas partes, por lo cual se le denomina con la frase nueva, no consignada en la terapéutica antigua, de *cuestion social*.

Basta pronunciarla para comprender que significa tanto como peligro social; es decir, que la *sociedad* está *en cuestion*, que ha perdido su antigua solidez y estabilidad, y que existe toda una escuela, esparcida

Por el mundo, para la cual la sociedad es un mal y debe por lo tanto desaparecer.

Y así es lo cierto; existe una escuela con cátedras en todas las naciones, con numerosos discípulos, dispuesta á convertirse en ejército para derribar el edificio social, «donde yacen según ella, encarcelados y muribundos, sin aire y sin luz, sin pan y sin abrigo los hijos del pueblo.»

El socialismo no es ya un nombre, es un hecho; ha pasado de las cátedras á las plazas públicas; ya no discute, obra; organizado militarmente, solo espera la consigna de la justicia eterna para caer como Alarico sobre las depravaciones de la Roma pagana.

Porque, obsérvese bien, el socialismo no es en resumen otra cosa que la confusión con que Dios castiga á las generaciones soberbias y corrompidas. Regida por el absurdo la sociedad europea desde que cayó en manos de los gobiernos anti-católicos, precisamente ha de alejarse de los veneros de salud que abrió en el mundo la sangre de Jesucristo, y caer en el abismo de la anarquía que la devora.

Los gobiernos, en su ceguera, en vez de conjurar el peligro y evitar la catástrofe, transigiendo ó pactando con la revolución, apoyándose en ella ó respetando sus conquistas, abren más ancho camino á los bárbaros acampados á las puertas de las capitales del imperio.

Merced á esta protección, las so-

ciudades, para propagar el socialismo, se van haciendo públicas; la prensa demagógica multiplica sus órganos en aldeas y ciudades: hombres y mujeres corren á alistarse en los clubs y congresos socialistas, y un diluvio de hojas volantes y de folletos populares caen diariamente sobre fábricas y talleres, predicando la insurrección de los pobres contra los ricos, de los inferiores contra los superiores, y la destrucción y ruina de todo el orden social.

A juzgar por este movimiento, que crece de día en día como el oleaje de un mar borrascoso, no está lejos la hora en que caigan sobre nuestras cabezas las hachas de los bárbaros, afiladas en las columnas de los periódicos impíos y en las tribunas de las Asambleas libres.

Hasta ahora, la antigua constitución social formada por la Iglesia había contenido los progresos y estragos de la gangrena; pero esa constitución va desapareciendo, y el mal saca la cabeza por entre las minas de las instituciones cristianas.

El socialismo es la última evolución, como ahora se dice, de las ideas revolucionarias, el último progreso de la civilización moderna, enemiga de la verdad santa. Por esto la escuela liberal tiene que enmudecer avergonzada ante las acusaciones del socialismo, contra el cual no tiene otro argumento que oponer, que la boca de los cañones. Pero, y el día que los cañones pasen á manos de los bárbaros, ¿qué defensa podrán oponer los gobiernos

á la sociedad sin armas y sin amparo?

En cambio los católicos tenemos toda la razon de nuestra parte: en nuestras manos está el bálsamo que cura todas las heridas, la autoridad que todo lo ordena, la fuerza que todo lo vence, la verdad que todo lo ilumina. Si por nuestra cobardia ó nuestra debilidad dejamos que el mal siga su curso, que las ciencias y las artes, la política y las leyes, contribuyan á fomentar su desarrollo y la disolucion se complete, la responsabilidad será inmensa, y la catástrofe espantosa para la sociedad europea.

La cual hállase hoy en situacion semejante á la del pueblo judío, cuando nuestro divino Salvador consumó la obra de redencion en el Calvario. Europa tiene á los ojos el milagro viviente de la verdad que puede salvarla. Allí está la Iglesia con sus dogmas infalibles, su moral purísima, sus obras y virtudes admirables. ¿Llegará la ceguedad y la perversion de los pueblos modernos, hasta crucificar de nuevo al Justo, ya encarcelado y oprimido en la persona de su Vicario en la tierra?

Pues el Justo, despues de muerto, resucitará, y los pueblos deicidas, dispersos por la tierra, serán raza de víboras que se devorarán unos á otros.

La *cuestion social* está ya planteada; de una parte los bárbaros, de otra los católicos; frente á frente de Atila el Leon de Roma. Que cada cual tome bandera, para cuando

suene la hora de la justicia divina.—E. F.

DISCURSO

de Nuestro Santísimo Padre el Papa Leon XIII á los colegios de la Prelatura Romana.

Sumamente gratos llegan á Nos los felices augurios que, con la fausta ocasion de las fiestas de Navidad, nos espresais, monseñor, por vos y en nombre tambien de los obispos asistentes al Sólío, y de varios colegios de la Prelatura Romana.

Plácenos responder á esa felicitacion y manifestaros los votos que de lo íntimo de nuestro corazon hacemos, á fin de que descendan sobre todos en copiosa abundancia los favores del cielo.

En circunstancia tan feliz, á vosotros, venerables hermanos, que adornados con el carácter episcopal teneis el alto honor de asistir más de cerca á nuestro Sólío, es á quien primero queremos expresar nuestra satisfaccion, por lo mucho que hace vuestro celo para edificacion de Roma; y abrigamos la esperanza segura de que hareis cada vez más resplandecer, en medio de ella, la luz de las virtudes sacerdotales y de los santos ejemplos, á una con los beneficios de vuestra caridad apostólica.

Cuanto á vosotros, egregios Prelados, nos complacemos en deciros que esperamos los mejores resulta-

dos de vuestra inteligente y constante actividad, de que ahora más que nunca necesitáis dar prueba. Porque ya desde que, por divina disposición, nos fué confiado el gobierno de la Iglesia universal, sufría Nuestro ánimo viendo á tantos ilustres Prelados impedidos, por la malicia de los hombres y los tiempos, de emplear sus entendimientos y trabajo en los graves y honrosos oficios que en el paterno régimen temporal del Romano Pontífice les estaban encomendados. Y deseando vivamente que un nervio de tan considerables fuerzas no estuviese perdido, desde entonces formamos la resolución, en otras circunstancias manifestada, de emplearlo cuanto antes en servicio de la Iglesia. Y ahora que aquel propósito se ha realizado plenamente con las nuevas atribuciones dadas á cada uno, y con los reglamentos que regulan su ejercicio, á vosotros toca responder con todo empeño y prontitud á nuestro llamamiento. Esto exigen de vosotros vuestro celo y vuestro amor por la Iglesia; esto requiere el espíritu de vuestra vocación; esto las condiciones de la sociedad actual.

En los momentos espinosos en que se procura oprimir y envilecer á la Iglesia, y desacreditar á sus ministros, es deber de aquellos que por merced divina fueron llamados á servirla, mantener alto el honor de sus instituciones y hacer que resplandezca á los ojos del mundo su sabiduría, y mostrarse en la doctrina, en la pureza de vida y en su labo-

riosidad, verdadera luz del mundo y verdadera sal de la tierra. No dudamos que todos vosotros, persuadidos de las manifiestas ventajas en que será fecunda esta nuestra paterna solicitud por vosotros, entrareis plenamente en nuestros designios y realizareis en todo nuestros deseos: la pronta y dócil manera con que en general habeis acogido nuestras disposiciones, á la vez que por todo extremo nos conforta, nos sirve de segura prenda del constante celo con que las pondreis en práctica.

No queremos tampoco ocultaros que tendremos muy en cuenta los trabajos prestados por cada uno en los nuevos cargos que le han sido encomendados, y que no dejaremos sin premio el talento ni la buena voluntad.

Mientras tanto, en prenda de nuestro particular afecto, damos de lo íntimo de nuestro corazón á nuestros venerables hermanos asistentes al sólio Pontificio, á los diversos colegios de la Prelatura Romana, y á todos los Abogados consistoriales, que con verdadera satisfacción vemos á ellos asociados, la bendición apostólica.

Benedictio Dei, etc.

CARTA DE SU SANTIDAD AL ARZOBISPO DE COLONIA.

Venerable Hermano, salud y bendición apostólica.

De gran consuelo y aliento ha sido causa para Nós tu gratisima carta, en que Nos has expresado tus deseos y votos al acercarse las solemnes fiestas de Navidad, puesto que en ella se manifiesta tu afecto á Nuestra persona y tu ardiente é inviolable adhesion á esta Sede Apostólica.

Los cuales sentimientos, á la vez que te concilian nuestra benevolencia, redundan en grande gloria para tí, y fortalecen cada vez más la profunda veneracion que abriga para con Nós la Iglesia de Colonia, confiada á tu cuidado paternal. Creemos que no sin próvida disposicion de Aquel que todo lo rige y gobierna se renuevan semejantes señales de piedad y devocion por parte de todos los demás venerables Hermanos y Obispos del orbe católico, puesto que en el desórden de las cosas esta maravillosa concordia de ánimo Nos invitó á decir con el Apóstol: «Benedictus Deus qui consolatur nos in omni tribulatione nostra (II Cor. XI.)»

Y, en verdad, cuando, ensalzado á esta sublime Cátedra de San Pedro, Nos dirigimos á todos nuestros venerables Hermanos en el Episcopado, éstos nos respondieron con tanta conformidad de ideas é inteligencia, y casi diremos de palabras, que podemos, no solo alegrarnos de la admirable unidad que reina en la Iglesia de Dios, sino tambien estar seguro de tener en los Obispos del universo entero fieles intérpretes de la verdadera doctrina enseñada por esta Sede Apostólica, é incansables cooperadores Nuestros en las tareas y fatigas pastorales.

Por esta unidad de doctrinas, propósitos y actos, tenemos completa razon

para esperar que las cosas sucederán según Nuestros ardientes deseos; y entónces, no solo la Iglesia de Dios experimentará inestimables beneficios, sino que tambien la sociedad civil cosechará preciosísimos frutos. Ya sabes, venerable Hermano, que es Nuestra íntima persuasion, expresada y manifestada en diversas circunstancias, que los graves peligros que amenazan á la sociedad provienen principalmente de haber arrebatado á la Iglesia de Jesucristo toda influencia social, y de haber violado su libertad, consintiéndole apenas que provea privadamente al bien y á las necesidades de los individuos.

Y esta persuasion se ha engendrado en Nuestro ánimo, no sólo por el conocimiento de la naturaleza y poderosa virtud que posee la Iglesia, sino tambien por la historia, que demuestra en todas y cada una de sus páginas que siempre que la Iglesia puede dejar oír su voz y hacer sentir su influencia, la sociedad civil florece; miéntras por el contrario, cuando la Iglesia se halla aherrojada, prevalecen principios y doctrinas por las cuales, con la vida ordenada de la sociedad se ve perturbada y agitada.

Con tan íntima persuasion era, por tanto, natural que desde el principio mismo de Nuestro Pontificado Nos aplicásemos á reivindicar los principios y los pueblos para la Iglesia de Cristo.

Bien conocido te es, Venerable Hermano, que Nuestro ánimo se fijó preferentemente y sin demora en la noble nacion alemana, á fin de que, cesando la discordia religiosa, recabase los frutos y ventajas de una paz duradera, sin que sufrieran en lo más mínimo los derechos

de la Iglesia. Bien conocido te es que de Nuestra parte hemos hecho cuanto era posible hacer por N^{os} para lograr objeto tan hermoso y digno de Nuestra apostólica solicitud.

Pero si esta obra que ha comenzado, y que N^{os} nos esforzaremos en llevar á buen término, debe obtener feliz éxito, sólo lo sabe Aquel que es principio de todo bien, y que tan vivo deseo de paz infunde en Nuestro corazon.

En todo caso, N^{os}, plenamente sometido á las disposiciones divinas, continuaremos con el mismo ardor miétras dure Nuestra vida, la difícil mision. Y verdaderamente si por medio de doctrinas licenciosas y subversivas, como por los audaces propósitos de hombres pervertidos y rebeldes á todo freno, se halla tan amenazado el órden religioso, social y político en todos los puntos de la tierra, N^{os} creeríamos faltar al deber del opostólico ministerio si dejáramos de ofrecer á la sociedad, mortalmente enferma, los eficaces remedios que para curarla posee la Iglesia.

Y esto proseguiré haciendo, áun en medio de obstáculos de todo género, por tu nacion, Venerable Hermano, porque no podrá haber paz para Nuestro ánimo miétras, con inmenso detrimento de las almas, veamos á los Pastores de la Iglesia encarcelados ó expulsados de sus Sedes; á los sacerdotes por mil medios y maneras imposibilitados de ejercer sus santos ministerios; á los religiosos y á las Congregaciones piadosas dispersas; la educacion é instruccion de la juventud eclesiástica sustraída á la vigilancia é influencia de los Obispos.

Mas para que nuestros esfuerzos ob-

tengan más prontos y saludables resultados, hacemos un llamamiento á tí y á todo el ilustre Episcopado de esas provincias, á fin de que coopereis con N^{os} á la santa empresa, procurando hacer á los fieles confiados á vuestro cuidado, cada vez más dóciles á las enseñanzas de la Iglesia, cada vez más exáctos observadores de los preceptos divinos, para que, «*communicatio fidei eorum evidentior fiat in agnitione omnis operis boni, quod est in illis in Cristo Jesu*» (Ad Phil., vi.)

Así por su actitud, y por la plena submission á las leyes que no están en oposicion con la fé y con los deberes católicos, se mostrarán dignos de obtener y gozar por largo tiempo de los beneficios de la paz.

Sabeis, empero, Venerable Hermano, que Nuestros esfuerzos en cosa de tanta importancia serian estériles, si de Dios no recibiesen principio é incremento; pues «*nisi ipse ædificaverit domum, in vanum laboraverunt qui ædificant eam.*» (Ps. cxxvi.)

A él, por tanto, debemos elevar nuestros ardientes ojos, y suplicarle desde el fondo de nuestro corazon que se digne ilustrar á su Vicario en la tierra y á los Obispos con sus luces, y que, teniendo en sus manos el corazon de los Reyes, incline al noble y poderoso emperador de Alemania, y á los personajes que están á su lado, á más blandos consejos.

Y como las oraciones que proceden de muchos hacen dulce violencia al corazon de Dios, es Nuestro deseo que todos los obispos de Alemania inviten á su grey á unirse con ellos en las súplicas al Altísimo para tenerle propicio.

Entre tanto, como augurio del divino favor y prenda de nuestro paternal afecto, desde el fondo del alma, concedemos á ti, Venerable Hermano, y á todos los obispos de Alemania y á los fieles confiados á vuestro cuidado, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el día 24 de Diciembre de 1878, año primero de nuestro Pontificado.

LEO, PP. XIII.

CRÓNICA RELIGIOSA.

De un periódico religioso de Valencia del día 4 tomamos el relato del siguiente sacrilego y escandalosísimo robo:

Profundamente conmovido el ánimo, acabamos de llegar de la capilla de Nuestra Señora de la Seo, vulgo del Milagro, donde hemos contemplado los extragos que manos sacrilegas han causado en los objetos sagrados, existentes en dicho templo, y no sin derramar lágrimas de santa indignación hemos sabido que la sacratísima Forma contenida en el viril, ha sido depositada sobre la mesa del altar por aquellos, tan malvados como impios, que cegados por las riquezas que la piedad de los fieles había puesto á los piés de la Virgen como ofrenda mística de su amor, no han reparado en escalar la casa de Dios y cometer el mayor y más horrible de los sacrilegios.

La pluma tiembla en nuestras manos al vernos obligados á dar cuenta de un suceso que tiene consternados á los católicos habitantes de esta piadosa ciudad, y quisiéramos eludir tal obligación; si quisiéramos eludirla, porque no cabe en nuestro corazón la magnitud del senti-

miento que en nuestro corazón la magnitud del sentimiento que en estos momentos le embarga.

La capilla donde se venera la imagen de Ntra. Sra. de la Seo, vulgo del Milagro, ha sido robada.

Se supone que los ladrones entraron en el templo al anochecer del jueves, en ocasión en que, como de costumbre en aquellas horas, se estaba rezando el Santo Rosario, y al tiempo de hacer el sacristan la requisa ordinaria, se cree que se escondieron en un cuartito que hay bajo del coro, y donde suelen colocarse algunos trastos y objetos de limpieza.

Al quedarse solos en el templo, y cuando lo creyeron conveniente, es cuando debieron dirigirse á la puerta de la sacristía, por donde se llega al camarín de la Virgen, y haciendo uso de un barreno ó berbiquí primero, y de una palanqueta, forzaron la puerta, arrancando de la misma una astilla. Dentro ya de la sacristía, y sirviéndose de la palanca, descerrajaron los cajones de una fuerte mesa donde el sacristan guarda las llaves, y extrajeron las que quisieron, y además 80 duros en metálico que contenían los mismos.

Desde la sacristía parte una escalinata que conduce al camarín de la Virgen; la primera puerta que es una verja, está abierta sin esfuerzo, al parecer pero la segunda, como la de la sacristía, ha sido forzada con el barreno primero y con la palanqueta despues, viéndose la cerradura completamente arrancada y varias astillas desprendidas de la puerta.

Franqueada ésta, se presenta la Virgen bajo un dosel, y reclinada su cabeza

sobre un magnífico almohadon de terciopelo azul oscuro, bordado de perlas, diamantes é infinidad de piedras preciosas, por doña María de la Concepcion Gozalbes y Almunia: los ladrones sacrilegos sacaron el almohadon que se ha encontrado en la nave del templo, sin la parte superior, donde estaban las alhajas, la cual ha desaparecido. El valor de dichas alhajas, que en su mayor parte le fueron regaladas por el Beato Juan de Rivera, asciende á 75.000 duros.

Han desaparecido dos viriles, uno grande, que contenia le sagrada Forma, y otro mas pequeño; el primero era tenido por el mejor de Valencia; tres cálices y un copon todo de plata: una corona guarnecida de piedras falsas, un pectoral, tambien bordado con piedras falsas, y el escapulario y la correa, de escaso valor, tirado por el suelo.

Ahora bien una de las puertas principales del templo que da á la calle del Trinquete de Caballeros, forzada por la parte interior, por donde se supone que han salido los ladrones, y forzada y abierta tambien por dentro otra puertecita que comunica con el patio del Hospital y habitaciones de la casa.

Esto es lo que hemos visto y nos abstemos de formular ningun comentario, ya que el juzgado se ocupa de este horrible crimen, sin levantar mano.

El dia 28 recibió Su Santidad en audiencia privada al lugarteniente gran maestro de la órden soberana de Malta, quien presentó al Sumo Pontifice las respetuosas felicitaciones de la Orden con motivo del año nuevo. Presentáronse

despues los caballeros que componen el Consejo del maestro, á los que Su Santidad dirigió benévolas palabras, concediéndoles su bendicion, lo mismo que á los grandes prioratos y asociaciones de la Orden.

Despues recibió el Sumo Pontifice á los oficiales superiores del disuelto ejército pontificio.

El general Kanzler expresó á Su Santidad en un breve y noble Mensaje las reverentes y sinceras felicitaciones de toda la oficialidad.

Tanto el gran maestro y los caballeros de Malta como el general Kanzler, fueron en seguida á saludar al Cardenal Secretario de Estado.

El dia 29 fueron recibidos por Su Santidad en la sala de Trono los colegios prelaticos, esto es, los Obispos asistentes al Sólío Pontificio, los protonotarios apostólicos, los tribunales de la Rota, los clérigos de cámara, los vocales de la Signatura, los ponentes de la Santa Consulta, los regentes de la Concilleria apostólica, los abreviadores del Parco mayor y el Colegio de abogados consistoriales.

Mons. Gallo, patriarca de Constantinopla y vicecamarlengo de la Santa Romana Iglesia, leyó, como decano de los Obispos asistentes al Sólío Pontificio, un Mensaje de felicitacion.

Su Santidad contestó en un elegante discurso, que terminó bendiciendo á aquella ilustre reunion, que pasó despues á visitar al Cardenal Secretario.

El marqués de Gabriac, embajador

de Francia, con el personal de la embajada; el vizconde de Araguaya, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Brasil, y el conde Thomar, embajador de Portugal, con los individuos de la embajada, presentaron sus respetos el día 29 de Diciembre al Sumo Pontífice, en audiencia privada, con ocasión de la festividad del año nuevo.

Terminado el acto, fueron á visitar al Cardenal Secretario de Estado.

Hay en Austria 24 millones de católicos, 360,000 protestantes de todas sectas, 7 millones de griegos ortodoxos y no ortodoxos, más de un millón de judíos y algunos miles de mahometanos; en Alemania 15 millones de católicos, 24 de protestantes y otras sectas, y 512,000 judíos, con otros cuantos miles de griegos; en Francia 36 millones de católicos, apenas 180,000 protestantes y doble de calvinistas, con más 200,000 judíos é individuos de otras religiones, y 50,000 musulmanes en Argelia; en Inglaterra é Irlanda 7 millones de católicos, 24 de protestantes de todas sectas y apenas 100,000 entre griegos mahometanos, etc.; en Italia, 27 millones de católicos, casi ningun protestante, 100,000 griegos y 36,000 judíos; en Rusia, 8.000,000 de católicos, 50 de griegos ortodoxos, tres de protestantes, tres de judíos y dos de mahometanos; en Suecia y Noruega, sólo hay 1,000 católicos entre 4.000,000 de protestantes; en Bélgica y Holanda, 6.270,000 católicos, 3.200,000 protestantes y 6,000 judíos. En España, 16.500.000 católicos y unos cuantos buscavidas que se llaman protestantes.

En suma, puede calcularse que en Europa hay 140 millones de católicos, unidos en el mismo Credo; 90 millones de protestantes, con setenta credos distintos, y en pugna unos con otros; 80 millones de griegos ortodoxos y no ortodoxos, reformados y por reformar; dos millones de judíos, y cinco ó seis de mahometanos.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y media, misa conventual.—Por la tarde minerva.

En Santa Maria, á las nueve, sermon y misa mayor.

En las Capuchinas celebrará la Archicofradia Teresiana la funcion del *segundo domingo de mes*.

Por la mañana, á las ocho, habrá misa de Comunion general.—Por la tarde á las cuatro menos cuarto, se pondrá de manifiesto á S. D. M., seguirá un punto de meditacion; plática á cargo de don Enrique Farach y los demás ejercicios de costumbre. Se impondrá el escapulario á las asociadas que ingresen en este día y se terminará dando la bendicion con Jesús Sacramentado.

Martes.—En las Agustinas, á las ocho, misa de renovacion.

Jueves.—En las Capuchinas, á las seis, misa de renovacion, y por la tarde, trisagio.

Sábado.—En la Colegial, á las ocho y en Santa Maria á las nueve, misa de renovacion.